



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 4, ISSUE 11

1 DE NOVIEMBRE DE 2,012

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15

## La Búsqueda De Dios (Parte 3)

Pastor Eddie Ildefonso



**Dr. Eddie Ildefonso**

*West Los Angeles Living Word Christian Center  
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary  
Honduras, Pakistan, Zimbabwe Extensions  
International Dean, Covington Theological Seminary*

### Rasgando el Velo

**Hebreos 10:19 (LBLA)**

**<sup>19</sup>Entonces, hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús,**

Entre los dichos famosos de los padres de la Iglesia ninguno es tan famoso como aquel de Agustín: **“Tú nos hiciste para ti, y nuestros corazones no descansarán tranquilos hasta que no descansen en ti”**.

El eminente santo expresa aquí, en pocas palabras, el origen y la vida interior de la raza humana. Dios nos hizo para sí, y esta es la única explicación que satisface el **corazón** del hombre que piensa, no importa lo

que diga su razón. Si la falta de cultura y la perversidad hacen que alguien piense de otro modo, y llegue a otra conclusión, hay poco que algún cristiano pueda hacer por él. Para tal persona no tengo ningún mensaje. Me dirijo a los que han sido enseñados en secreto por la sabiduría de Dios; me dirijo a los corazones sedientos, que han sido despertados por el toque de Dios en su fuero íntimo, y que no necesitan pruebas para saber lo que ha ocurrido muy adentro de sus almas. La inquietud de su corazón es toda la evidencia que necesitan.

Dios nos hizo para sí. El Compendio de Catecismo “aprobado por la Sagrada Asamblea de Westminster,” según consta en los textos de la Nueva Inglaterra, contiene las antiguas preguntas **qué y por qué**, y contesta con una sola frase que difícilmente podría ser superada en obras no inspiradas. **Pregunta:** “¿Cuál es el fin principal de la existencia del hombre?” **Respuesta** “El fin principal de la existencia del hombre es glorificar a Dios, y gozar de su presencia por siempre jamás”. Concuerdan con esto los veinticuatro ancianos que cayeron sobre sus rostros y adoraron a aquel que vive y vivirá por los siglos de los siglos, diciendo, **“Señor, digno eres de recibir gloria, y honra y virtud; porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron cria-**

das” ([Apocalipsis 4:11](#)).

Dios nos hizo para su placer, y nos hizo de tal manera que es posible para nosotros y él gustar de la dulce comunión de los seres afines. Esto significa para nosotros poder verle, caminar en compañía de él y gustar de su sonrisa. Pero nosotros nos hemos hecho culpables de esa “vil sublevación” de que habla **Milton** en *El Paraíso Perdido* respecto de Satán y sus ángeles. Nos hemos separado de Dios. Hemos dejado de obedecerle y amarle, y a causa de nuestra culpa y el miedo que se apoderó de nosotros, hemos huido de él cuan lejos pudimos.

Pero, ¿quién puede huir de su presencia cuando los cielos, y los cielos de los cielos no pueden contenerle? Cuando como lo dice el sabio Salomón “**el Espíritu del Señor llena la tierra**”. La omnipresencia de Dios es una cosa, y es un hecho solemne, necesario para su perfección. Pero la *manifestación* de su presencia es otra cosa muy distinta. Y hemos huido de la presencia de Dios, como huyó Adán cuando se ocultó entre los árboles del huerto, o hemos exclamado como Pedro, “**¡Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador!**”

Así es como el hombre vive en la tierra alejado de la presencia de Dios, y por consiguiente, sin disfrutar del sitio que le corresponde. La pérdida de ese estado y condición para que fuera creado, es la causa de su incesante desasosiego.

La obra completa de Dios en la redención tiene por objeto desbaratar los efectos de aquella vil sublevación, y ponernos otra vez en correcta y eterna relación con él. Para eso es necesario que nos despojemos de nuestros pecados, que se efectúe la entera reconciliación con Dios y vivamos de nuevo en su presencia como antes. La gratia preveniente de Dios es la que nos induce a buscarle y volver a su presencia. Esta gratia la notamos cuando hay inquietud y hambre en nuestro corazón, y nos sentimos impulsados a decir, “**Me levantaré, e iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado.**” Esta decisión es el primer paso, y como dijo el sabio chino Lao-Tsé, “**La ruta de mil millas comienza siempre con un paso.**”

El viaje interior del alma desde las malezas del pecado hasta la presencia de Dios lo tenemos ilustrado hermosamente en el Tabernáculo del Antiguo

Testamento. Cuando el pecador se acercaba a Dios entraba primeramente al atrio, donde ofrecía una víctima, inmolada en el altar de bronce. Enseguida se lavaba en la fuente, también de bronce, que estaba al lado del altar. Luego entraba al lugar santo, que no tenía más luz que la del candelabro de siete brazos, emblema de Jesucristo, la luz del mundo. En el lugar santo se hallaban también la mesa de los panes, figura de Cristo, el Pan de vida, y el altar de oro, donde se quemaba el incienso continuamente, figura de las incesantes oraciones.

Aun cuando un creyente se goce estando en el culto, eso no quiere decir que ha entrado a la presencia de Dios. Hay otro velo que separa el lugar santo del santísimo. En el lugar santísimo se hallaba el arca del pacto, toda recubierta de oro, con los querubines de gloria, también de oro. Sobre la tapa del arca, llamada el propiciatorio, se manifestaba la gloria de Dios. Mientras el Tabernáculo estuvo en funciones, solo el sumo sacerdote, y una vez al año, podía entrar a este lugar santísimo, y no sin sangre, que ofrecía por sus propios pecados y los de todo el pueblo. Este velo espeso fue el que se rasgó en dos, de alto a abajo cuando Jesús murió en la cruz. El escritor sagrado nos dice que este velo rasgado indica que ahora está abierto y libre el camino al cielo, por medio del cuerpo de Cristo abierto en la cruz.

Todo lo que enseña el Nuevo Testamento concuerda con el Antiguo. Los redimidos de hoy no tienen por qué tener miedo de entrar al lugar santísimo. **Dios quiere que nos abramos paso hasta su presencia, y que pasemos toda la vida allí.** Y esto debe ser para nosotros una experiencia consciente. Una vida que se vive, cada día, más que una mera doctrina que se cree.

La luz que brillaba sobre el propiciatorio ([Exodo 40:34-38](#)) era la manifestación visible de la presencia de Dios y el emblema de la orden de los levitas. Sin ella todo el culto del Tabernáculo y todo el sistema sacerdotal levítico carecerían de significado para Israel y para nosotros. Lo más importante del Tabernáculo era que la presencia de Jehová estaba allí. Allí, detrás del pesado velo, estaba Dios. Del mismo modo la presencia de Cristo en el alma del creyente es el hecho más importante del cristianismo. En el corazón del mensaje del evangelio está el propio Dios en persona, esperando que sus redimidos lo acepten y se den cuenta de su presencia. La clase de cristianismo actualmen-

te de moda parece tener una noción solamente teórica de la presencia de Dios. Los que lo enseñan no parecen entender el privilegio que tiene el cristiano de saber que cuenta con la presencia de Dios. Se dice que estamos en la divina presencia *posicionalmente*, pero nada se menciona de la necesidad de estar en esa presencia *experimentalmente*. El fervor ardiente que inflamó a tantos hombres de Dios en el pasado parece haber desaparecido completamente. La actual generación de cristianos se mide a sí misma por esta medida imperfecta. Un contentamiento innoce ha remplazado al celo ardiente. Nos declaramos satisfechos con nuestras posiciones *legales* y poco nos importa la presencia o no presencia de Dios en nuestra vida.

¿Quién es éste que brilla detrás del velo con llamas ardientes? No es otro que Dios mismo, **“el Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles”**. Y, **“un solo Señor Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, que estuvo con el Padre antes de la creación de los mundos; Dios de dioses, luz de luces, el propio Dios, engendrado por el Padre, no hecho por él, pues es de la misma sustancia del Padre”**. Y, **“el Espíritu Santo, Señor y Dador de la vida, que procede del Padre y del Hijo, el cual juntamente con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado, constituyendo un solo Trino Dios, la Trinidad unificada; sin confundir las personas ni separar la sustancia. Porque el Padre constituye una persona, el Hijo otra, y otra el Espíritu Santo, con la misma gloria y la misma eterna majestad”**. Así oran los antiguos credos, y lo mismo declara la inspirada Palabra de Dios, la Biblia.

Detrás del velo está Dios. Ese Dios en pos del cual, con extraña inconsistencia, el mundo ha seguido en busca a ver si **“por casualidad”** daba con él. Dios se ha revelado en la naturaleza, y más perfectamente en la encarnación. Ahora quiere revelarse en plenitud a los humildes de alma y puros de corazón.

El mundo está pereciendo porque no conoce a Dios, y la iglesia languidece porque no goza de su presencia. La cura inmediata de todos nuestros males espirituales sería entrar a disfrutar de la presencia de Dios, y comprender que él está en nosotros y nosotros en él. Esto nos sacaría de nuestra lamentable estrechez y ensanchará nuestros corazones. Quemaría

las impurezas de nuestra vida como quema los insectos y los hongos el fuego que estalla en el zarzal.

¡Cuán vasto mundo para recorrer y cuán inmenso mar para nadar es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! Es *eterno*, lo cual significa que su existencia es anterior a los tiempos y estos no lo afectan en nada. El tiempo comienza y termina con él. Es *inmutable*, lo cual quiere decir que nunca ha cambiado y que no puede cambiar en la más ligera medida. Para cambiar tendría que pasar de lo mejor a lo peor o de lo peor a lo mejor. Él no puede pasar jamás por ningún cambio de esa clase, porque siendo como es, perfecto, no puede ser más perfecto; y si llegase a ser menos perfecto ya no sería Dios. Dios es *omnisciente*, y esto significa que sin esfuerzo alguno él ve y conoce todo lo que existe y todo lo que ocurre. Para él no hay pasado ni futuro. Él es lo que es y no se le puede aplicar ninguna de las otras calificaciones que se aplican a los seres creados. El *amor*, la *misericordia* y la *justicia* son suyas en grado perfecto, y su santidad es tan inefable que es imposible compararla con nada más, ni hay palabras capaces de expresarla. El fuego es lo único que puede darnos remotamente una vaga idea de ello. En la zarza que vio Moisés apareció en forma de llamas; en el prolongado viaje por el desierto se mostró en forma de columna de humo de día y de fuego de noche. El fuego que ardía entre las alas de los querubines, recibía el nombre de *shekinah*, que significa **“presencia”**. Así se manifestó Dios durante los años prósperos y felices de Israel. Y cuando la antigua dispensación fue remplazada por la nueva, en el día de pentecostés, descendió en forma de lenguas de fuego que se asentaron sobre los discípulos.

**Spinoza** habló acerca del amor intelectual de Dios. Pero el más alto grado del amor de Dios no es intelectual, sino espiritual. Dios es espíritu, y únicamente el espíritu del hombre puede llegar a conocerlo en realidad. El fuego divino debe arder en las profundidades del espíritu del hombre. Al no ser así, el amor del hombre no puede ser verdadero amor de Dios. Los grandes en el Reino de Dios son aquellos que lo han amado a El en el espíritu más que otros. Nosotros sabemos quiénes han sido éstos, y les rendimos el tributo de nuestra admiración. Basta que nos detengamos un minuto a pensar en ellos para que sus nombres desfilen ante nosotros con un perfume de mirra, casia y áloe.

**Federico Faber** fue una de esas almas que ansiaba

conocer a Dios, y vivir cerca de él, como él corzo ansía las aguas para beber de ellas. Y la manera en que Dios se revela al corazón que le busca, inflama toda la vida del hombre, con un deseo tal de adorarle que rivaliza con el de los mismos serafines. El amor que siente por Dios se extiende a las otras personas del Dios trino, pero sabe sentir un amor especial por cada una de ellas. A Dios el Padre le canta:

*Solo el pensar en tí, mi Dios,  
¡cuánto placer me da!  
Solo tu nombre mencionar,  
trae felicidad.  
Padre de Cristo, don de amor,  
bien puedo imaginar  
La dicha inmensa que dará  
tu rostro contemplar.*

Su amor por Jesucristo era tan intenso que amenazó con consumirlo; ardía en él como una dulce y santa locura, y fluía de sus labios como oro derretido. Dice en uno de sus sermones, “Dondequiera que miremos en la iglesia, allí está Jesús. Él es el principio, el medio y el final de todo. No hay nada bueno, nada santo, nada hermoso, nada deleitable, que Él no lo dé a sus siervos. Nadie necesita ser pobre, porque si él lo quiere, Jesús puede ser suyo. Nadie necesita abatirse, porque Jesús es el gozo del cielo, y lo que él más desea, es entrar en los corazones tristes. Podemos exagerar muchas cosas, pero jamás las obligaciones que tenemos para con él, ni la abundancia del amor que él tiene para nosotros. Podemos estar toda la vida hablando de Jesús, y aún no agotaríamos todo lo bello que podemos decir de él. La eternidad no bastará para llegar a conocerlo por completo, ni para alabarle por todo lo que ha hecho por nosotros. Pero eso no importa, porque de todos modos estaremos siempre con él, y no queremos hacer otra cosa”.

Luego, dirigiéndose al Señor, dice:

*Te amo tanto, Salvador,  
prendado estoy de ti.  
Tu amor es fuego abrasador  
que me consume a mí.*

El ardiente amor de Faber se extendía también al Espíritu Santo. No solo reconocía la igualdad del Espíritu con el Padre y el Hijo, sino que también lo celebraba en sus cantos y oraciones. Se inclinaba literalmente, hasta tocar el suelo con su frente cuando celebraba un fervido culto a la tercera Persona de la

Trinidad. En uno de los grandes himnos que dedicó al Espíritu Santo, dice:

*Espíritu Santo, sin par  
tu incomparable amor  
jamás podré lo yo explicar  
al pobre pecador.*

Aun a riesgo de cansar al lector, he hecho estas acotaciones para señalar que Dios es tan maravilloso, tan completamente deleitoso, que sin ninguna otra cosa más que su presencia, puede satisfacer los más exigentes anhelos de la naturaleza humana, por más exigente que ésta sea. La adoración y el culto que Faber practicaba (y él pertenece a esa gran compañía que nadie puede contar) no es de las que se adquieren por el mero conocimiento intelectual. Los corazones capaces de quebrantarse hasta lo sumo, movidos por el amor al Dios trino y único, son aquellos que han estado en presencia de la Deidad, y la han contemplado con ojos despejados. Los hombres de corazón quebrantado son incomprensibles para la gente común. Ellos hablan habitualmente con autoridad espiritual. Han estado en la presencia de Dios, y hablan de lo que han visto allí. Son profetas, no escribas. El escriba habla de lo que ha leído; el profeta relata lo que ha visto.

Esta distinción no es imaginaria. Entre el escriba que ha leído y el profeta que ha visto hay una separación abismal. Hoy en día tenemos infinidad de escribas, pero muy pocos profetas. La voz estridente de los escribas aturde a los oídos de la iglesia, pero ¿dónde está la voz suave de los profetas que han pasado más allá del velo, y han echado un vistazo a esa Maravilla que es Dios? Y tengamos en cuenta, este privilegio de entrar adentro del velo hasta la santa presencia, es el derecho de cada hijo de Dios en el día presente.

Habiendo desaparecido el velo de separación, por el cuerpo desgarrado de Cristo, y no habiendo por parte de Dios ningún impedimento para acercarnos a él, ¿por qué es que nos mantenemos afuera? ¿Por qué nos conformamos con vivir en el atrio, cuando podemos entrar hasta el lugar santísimo?

Le oímos decir al novio, “**Déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz, porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto**” ([Cantares 2:14](#)). Nos damos cuenta que estas palabras se dirigen a nosotros, sin embargo, tardamos en responder a ellas. Pasan los años, nos envejecemos, y nos cansamos de merodear

por el patio exterior. ¿Qué es lo que nos impide entrar?

La respuesta que se da generalmente es que **“estamos fríos”**, pero esto no explica la realidad de las cosas. Lo que ocurre es algo más grave que la frialdad del corazón.

Hay algo que está oculto y que provoca esa frialdad. ¿Qué es ese algo? No es otra cosa que el *velo de separación* que conservamos en el corazón. Este velo impide que veamos el rostro de Dios. Y no es otro que el velo de nuestra naturaleza humana caído, que aún no ha sido juzgado, crucificado y repudiado dentro de nosotros. Es el velo de la supervivencia de nuestro **“yo”**, que nunca hemos querido doblegar, y que no hemos sometido a la crucifixión. Este velo sombrío nada tiene de misterioso, ni es difícil identificarlo. Basta que echemos una mirada a nuestro corazón para que lo veamos, recosido y remendado y reinstalado, verdadero enemigo de nuestra vida y real impedimento de nuestro progreso espiritual.

Este velo no es bonito, y no nos gusta hablar de él. Pero me estoy dirigiendo a almas sedientas que se han determinado seguir a Dios, y yo sé que ellas no se volverán atrás porque el camino pasa a través de cerros sombríos. La urgencia de Dios que sienten en su interior los impulsará a seguir. Harán frente a los hechos, por desagradables que éstos sean, y soportarán la carga de la cruz por el gozo que les espera. Por eso me atrevo a mencionar los hilos con los cuales se ha tejido ese velo interior.

Está entretejido con los delicados hilos del egoísmo, cruzados con los pecados del espíritu humano. Esto no es algo que nosotros *hacemos*, sino algo que nosotros *somos*, y en esto reside su sutileza y poder.

Para ser específicos, estos pecados del ser interior son la justificación propia, la propia conmiseración, la autosuficiencia, la admiración de sí mismo y el amor propio. Y otra cantidad de pecados semejantes. Ellos están tan profundamente metidos en nuestra naturaleza, y son tan semejantes a nuestro modo de ser que es muy difícil verlos, hasta que la luz de Dios se enfoca sobre ellos. Las manifestaciones más groseras de estos pecados, egoísmo, exhibicionismo, autoalabanza, que exhiben aun grandes líderes cristianos, son toleradas en los círculos más ortodoxos,

aunque parezca extraño que lo digamos. Muchas personas llegan hasta identificarlos con el evangelio. No es cinismo decir que dichas cualidades han llegado a ser requisito imprescindible para lograr popularidad y prestigio. La exaltación del individuo, más que la de Cristo, es tan común que a nadie le llama ya la atención.

Podría suponerse que la correcta enseñanza de la depravación humana y la justificación en Cristo, nos librarían de estos feos pecados, pero no es así. El pecado del **“yoísmo”** es tan presuntuoso que puede medrar al lado mismo del altar. Puede ver morir a la sangrante Víctima, sin inmutarse en lo más mínimo. Puede defender con calor las doctrinas fundamentales y predicar con elocuencia la salvación por gracia, y sentirse halagado por estos esfuerzos. Hasta el mismo deseo de buscar a Dios parece servir para que el **“yoísmo”** se afirme y crezca.

El **“yo”** es el velo opaco que nos oculta el rostro de Dios. Lo único que puede quitarlo es la experiencia espiritual, nunca la instrucción religiosa. Tratar de hacerlo así es como querer curar el cáncer con tratados de medicina. Antes que seamos librados de ese velo, Dios tiene que hacer una obra destructiva en nosotros. Tenemos que invitar a la cruz que haga su obra dentro de nosotros. Debemos poner nuestros pecados del "yo" personal delante de la cruz para que sean juzgados. Debemos estar dispuestos a sufrir cierta clase de sufrimientos, tales como los que sufrió Jesús cuando estuvo delante de Pilato.

Tengamos en cuenta que al hablar de rasgar el velo, estamos usando una figura poética que es placentera, pero la experiencia real en sí nada tiene de agradable. En la experiencia humana ese velo se forma de tejidos espirituales vivientes; está constituido de ese material sensible y vacilante que es nuestro ser. Cualquier cosa que lo toca nos hiere a nosotros con vivo dolor. Arrancar ese velo es hacernos daño, nos lastima y nos hace sangrar. Decir otra cosa es hacer que la cruz no sea cruz y la muerte no sea muerte. Nunca será divertido morir. Desgarrar la tela de que está compuesta la vida nunca dejará de ser doloroso. Pero eso es lo que la cruz significó para Jesús y es lo que debe significar para nosotros.

Tengamos cuidado de no tratar chapucosamente con nuestra vida interior con la esperanza de rasgar

nosotros mismos el velo. Dios tiene que hacer eso. La parte nuestra debe ser entregarnos y confiar. Debemos confesar, desechar, resistir nuestros antojos y egoísmos, y darnos por co-crucificados con Cristo. Pero esta co-crucifixión no debe ser una laxa “**aceptación**” de Cristo, sino una verdadera obra hecha por Dios. No podemos conformarnos solamente con creer en una bonita y agradable doctrina de la crucifixión del yo. Si esto hiciéramos, estaríamos imitando a Saúl, que sacrificó algunas cosas, pero reservó para sí lo mejor del despojo.

Insistamos en que la obra sea hecha conforme a la mejor doctrina y también en la más completa realidad. La cruz es tosca, y mortal, pero es efectiva. No deja a las víctimas colgando indefinidamente de ella. Llega el momento cuando la obra queda consumada y la víctima muere. Es después de la muerte que viene el gozo de la resurrección y la alegría de ver rasgado el velo. Entonces olvidamos los dolores que ha costado, y disfrutamos de la gloria de la presencia del Dios vivo.

*Señor, ¡cuán preciosos son tus caminos, y cuán inciertos y sombríos son los nuestros! Enséñanos a morir, para que nos levantemos después a novedad de vida. Rasga de alto a abajo el velo de nuestro egoísmo, como rasgaste en dos el velo del templo. Nosotros nos acercaremos a ti en plena certidumbre de fe. Moraremos diariamente contigo aquí en la tierra, para acostumbarnos a la gloria del cielo cuando lleguemos allá, para estar eternamente a tu lado. En el nombre de Jesús, Amén.*

## **CORAM DEO** (Ante la cara de Dios)

### **Superioridad en Privilegios y Responsabilidades**

**Hebreos 10:22 (LBLA)**

**<sup>22</sup>acercuémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo nuestro corazón purificado de mala conciencia y nuestro cuerpo lavado con agua pura.**

Imagínese que vive en un pueblo del interior. Es un lugar muy quieto y bonito, pero sin algunas de las comodidades que se encuentran en las grandes ciudades. Hay una gasolinera, un mercado y varias tiendas chicas. También hay una repetidora de televisión que

transmite a esa región del país, la cual da fin a su programación a las diez de la noche.

Todos los martes hay un programa sobre agricultura, maquinaria e irrigación. Casi siempre empieza a las nueve de la noche y termina a las diez, pero a veces se atrasa.

Supongamos que una noche el programa empieza un poco tarde. El locutor va a hablar de cómo componer un tractor. Primero saca todas las herramientas necesarias y las explica una por una y sigue con el mecanismo del tractor. Luego da una lista de los posibles problemas que puede tener una máquina de esas y escoge uno en especial para tratarlo.

Por unos minutos pasan los anuncios de un antiácido, los últimos modelos de automóviles y de un champo no alcalino. Cuando regresa el locutor, sólo tiene tiempo de decir: “Y ahora veremos cómo componer el tractor”. Repentinamente aparecen en la pantalla los cuadrillos o rayas con las que la estación repetidora anuncia el final de su programación.

¿Aprendió usted cómo componer un tractor? No. Sólo vio un estudio sobre herramientas, refacciones o repuestos y una lista de posibles problemas. ¿De qué sirvió todo eso si no lo puede usar para arreglar su tractor? La información es interesante, pero no tiene uso práctico.

Esto mismo se puede aplicar a las cosas espirituales. ¿De qué sirve saber: “**Todo lo puedo en Cristo que me fortalece**” (**Filipenses 4:13**), si nos paralizamos al enfrentar un problema? Toda enseñanza o información debe ponerse en práctica para que sirva de provecho.

Siempre se ha dicho que un gran privilegio exige una gran responsabilidad. Los grandes hombres de empresa por ejemplo, cuentan con relativo desahogo económico, tal vez lujo, fama, etc., que muy poca gente puede gozar. Sin embargo, las responsabilidades que tienen encima también son mayores que las del común de las personas.

Lo mismo se puede decir de la vida cristiana. Gozamos de privilegios únicos tales como ser salvos por la gracia divina, del apoyo de un Dios Todopoderoso, vida eterna, y al contrario del pueblo de Dios que vivió

antes de Cristo, ahora podemos acercarnos directamente a la presencia del Altísimo sin necesidad de ritos e intermediarios.

Todos estos privilegios y muchos más hacen del creyente una persona distinta de las demás, pero esta diferencia le hace responsable ante el mundo de llevar una vida recta y obedecer en forma absoluta la Palabra divina. En este capítulo estudiaremos algunas de esas prerrogativas y la responsabilidad de mantenernos firmes y constantes en la vida de fe.

Como se estableció al principio, los últimos capítulos del libro de Hebreos, comenzando con este pasaje, se dedican a enfatizar el aspecto práctico de la vida cristiana con el fin de aplicar la enseñanza que se ha venido dando. Hasta ahora, el énfasis ha sido exclusivamente en la persona y obra de Cristo, pero a partir de este pasaje, estará en el hombre mismo y lo que Dios demanda de él a la luz de lo que Jesús ha hecho. La exigencia del Señor no consta únicamente de lo que debe hacer el creyente ([vv. 22–25](#)), sino en lo que *no* debe hacer ([vv. 26–31](#)). Es posible que al tratar esto último habrá mucha discusión, ya que no es un pasaje fácil, pero no conviene pasar mucho tiempo tratando algo que ni los más destacados eruditos de la Biblia han podido resolver.

## LA RESPUESTA DEL CRISTIANO A LA OBRA DE CRISTO DEBE SER DE GRATITUD Y DE FRUTOS QUE LO GLORIFIQUEN

### (Doctrina en capsula)

## LAS IMPLICACIONES DE NUESTRA MUERTE CON CRISTO

Colosenses 2:20-21 (LBLA)

<sup>20</sup> Si habéis muerto con Cristo a los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como:

<sup>21</sup> no manipules, ni gustes, ni toques

### INTRODUCCIÓN

A lo largo de casi dos capítulos ([1:13–2:19](#)), Pablo nos ha hablado acerca de lo que debemos *crear*. Ahora empieza a hablarnos acerca de cómo debemos *vivir*. Procede de la doctrina a la ética.

Hasta aquí, Pablo nos ha hablado de la persona y obra de Cristo. Lo hemos visto como el Hijo eterno, creador del universo y Señor sobre todas las huestes espirituales. Y lo hemos visto como el Hijo encarnado, Salvador de su pueblo, reconciliador del universo y cabeza de la Iglesia. Y todo eso en contraste con la doctrina errónea de los falsos maestros de Colosas, quienes rebajaban la persona y obra de Cristo, enseñando que no era más que uno entre muchos señores cósmicos y uno entre muchos mediadores entre Dios y los hombres.

A lo largo del [capítulo 2](#), Pablo ha repetido la solemne advertencia contra esta enseñanza errónea:

- Que nadie os engañe ([2:4](#)).
- Que nadie os haga cautivos ([2:8](#)).
- Que nadie se constituya en vuestro juez ([2:16](#)).
- Que nadie os defraude de vuestro premio ([2:18](#)).

Pero, en cada caso, sus advertencias han sido dirigidas en contra de las *enseñanzas* de los falsos maestros. A partir de ahora, en cambio, el énfasis recaerá sobre la correcta *vivencia* de los colosenses.

O, para ver lo mismo desde otra perspectiva, hasta aquí Pablo nos ha enseñado que los creyentes hemos muerto y resucitado con Cristo. Ahora nos enseñará las implicaciones vivenciales de esa muerte y resurrección:

- Si habéis muerto con Cristo ... ([2:20](#)).
- Si habéis resucitado con Cristo ... ([3:1](#)).
- Haced morir lo terrenal ([3:5](#)).
- Vestíos del hombre nuevo ([3:10](#) y [12](#)).

En lo sucesivo, el apóstol nos estará hablando acerca de las cualidades éticas que deben caracterizar nuestras vidas. Su punto de partida sigue siendo la falsa doctrina de los herejes ([2:20–23](#)), pero pronto enfocará el tema en términos del viejo hombre, muerto con Cristo, y el nuevo hombre hecho a la imagen de Cristo.

### MUERTOS CON CRISTO ([2:20–21](#))

En el primer párrafo sobre el comportamiento cristiano ([2:20–23](#)), Pablo nos dice cómo **no** debemos vivir. Después procederá a decirnos positivamente cómo debemos vivir ([3:1–4](#)). De hecho, a partir de este momento, la epístola alterna entre exhortaciones negativas en torno a lo que no debemos ser o hacer ([2:20–23](#); [3:5–9](#)) y exhortaciones positivas en torno a nuestra

nueva manera de vivir en Cristo ([3:1-4](#); [10-17](#)).

En primer lugar, Pablo dice que **no** debemos comportarnos según las normas ascéticas y el legalismo de los falsos maestros. Para ello, el apóstol funda su argumento sobre conceptos que acaba de explicarnos. Así pues, los [versículos 20](#) a [22](#) vienen a constituir un resumen del argumento de la última sección de la epístola ([2:4-19](#)). En ella hemos visto que:

- Pablo ha establecido que los colosenses han **“muerto con Cristo”** ([2:11-13](#)). Ahora repite: *Si habéis muerto con Cristo...* Aquí, la palabra **“si”** no indica duda, sino que equivale a **“puesto que”**. El apóstol da por sentado que la muerte de los colosenses en Cristo es un hecho cumplido (cf. [3:3](#)).
- Pablo ha enseñado que los «principios elementales del mundo» se oponen a Cristo y no tienen autoridad alguna sobre los creyentes ([2:8](#)). Ahora dice: *habéis muerto a los principios elementales del mundo.*
- Por tanto, Pablo ha advertido que los colosenses no deben dejarse dominar por ordenanzas acerca de la comida y la bebida ([2:16](#)). Ahora les pregunta: *¿Por qué os sometéis a preceptos tales como: no manipules, ni gustes, ni toques?*
- Ha dicho que tales preceptos no pueden ser admitidos porque son superficiales y temporales y porque brotan de la carnalidad humana, no de la revelación divina ([2:17-18](#)). Ahora añade: *Todos los cuales se refieren a cosas destinadas a perecer con el uso, según los preceptos y enseñanzas de los hombres.*

Así pues, la intención de Pablo no es la de comunicarnos ideas nuevas en estos versículos, sino la de resumir en una sola oración algunas de las ideas que acaba de exponer. Pero, a la vez, el apóstol mira hacia delante. Ahora no le interesa tanto la verdad o la falsedad de las enseñanzas de los falsos maestros, sino el estilo de vida que éstas inculcan. Si, hasta aquí, el objeto de su indignación ha sido la falsa doctrina, en lo sucesivo será la falsa ética. Los falsos maestros están recomendando un programa de austeridad como medio para alcanzar la reconciliación con Dios. Pablo lo condena sin ambages.



# NOTAS

*West Los Angeles  
Living Word Christian Center*

6520 Arizona Avenue  
Los Angeles, CA 90045 USA  
(310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: [admin@wlawcc.org](mailto:admin@wlawcc.org)  
Web Site: [www.wlawcc.org](http://www.wlawcc.org)